

Civilización y Cultura (*)

POR EL

Dr. Alfredo Fraguero

Profesor extraordinario de Filosofía del Derecho y profesor titular de Introducción a la Filosofía en el Instituto de Humanidades

El ciudadano y el hombre

Frente a la aguda y profunda crisis de valores porque atraviesa el mundo, la conciencia de la propia crisis ha dirigido su análisis y reflexión no sobre los valores en quiebra sino sobre las fuentes mismas de dichas creencias. Retorna, pues, de nuevo la necesidad de una revaloración sobre causas y no de efectos; por ello la cultura y la civilización están en la actualidad sometidas a un doble proceso: unos las identifican y para éstos la crisis alcanza a ambos sectores; otros las distinguen afirmando que sólo los medios y los procedimientos de una determinada civilización están en decadencia; los fines, en cambio, que estructuran la cultura vigente, permanecen inenmovibles.

Tal es, pues, nuestra tarea: ¿es posible discriminar entre cultura y civilización? En caso afirmativo, ¿cuál es el criterio que corresponde aplicar para su distinción?

Civilización y cultura constituyen de ordinario para el profano expresiones sinónimas, significaciones equivalentes. Es indudable que el lenguaje es por naturaleza el arte de expresar correc-

(*) Conferencia pronunciada el día 3 de julio de 1944 en el acto académico celebrado en la Biblioteca Mayor de la Universidad, en honor del Excmo. Sr. Presidente de la Nación, General de Brigada don Edelmiro J. Farrell.

ta y adecuadamente los contenidos del pensamiento; por eso las expresiones son hasta cierto punto convencionales. Sin embargo, las reglas que rigen el pensamiento no son variables sino objeto de la ciencia que llamamos Lógica y, por tanto, reglas inmutables.

El convencionalismo de la preceptiva gramatical tiene, sin embargo, un límite: la exigencia de la convivencia humana de que la expresión sea la traducción fiel de nuestro mundo espiritual.

Desde este punto de vista, los términos civilización y cultura deben significar en el pensamiento algo que sea correlativo a lo significado, o sea la realidad misma sobre la cual se piensa: cultivamos aquello que en el presente es virtud o potencia y que en el futuro será forma o acto. Por eso el objeto de la cultura es específicamente el arte de actualizar y perfeccionar las potencias del hombre.

Civilización, en cambio, es el conjunto de medios y procedimientos para formar el ciudadano como miembro de la comunidad social, debiendo, por tanto, la formación del ciudadano afianzar la constitución del hombre por la cultura: el hombre es anterior al ciudadano, luego el cultivo del hombre en sí es jerárquicamente anterior y subordinante a la actividad que lo forma como miembro de la sociedad.

Pero, desgraciadamente, en la hora actual el equilibrio y jerarquía entre civilización y cultura, entre el ciudadano y el hombre han desaparecido: asistimos a una crisis que pareciera total: crisis de fines y de medios, crisis de principios y de procedimientos. Las relaciones entre la cultura y la civilización han sido quebradas totalmente por la acción negativa de un escepticismo universal: el egoísmo brutal de los hombres, la ambición y la guerra han concluído por extinguir totalmente la evaluación de la vida humana según un tipo de cultura y de civilización. De esta manera la decadencia de la civilización actual se imputa a las ideas que articuló la cultura Renacentista; pero, por otra parte, los defensores de esta cultura culpan a sus gestores y conductores, que crearon una civilización antagónica a dicha cultura, las graves consecuencias de su infidelidad.

No obstante, los que así piensan, conforme lo hemos dicho al principio, confunden civilización y cultura, pues cultura renacentista y civilización renacentista tienen por su adjetivo común la misma sustancia y, por tanto, no existe la subordinación jerárquica que debe existir entre dos conceptos de diferente extensión y comprensión. Ya dijimos que no existe auténticamente más cultura que el cultivo de los fines esenciales del hombre; pudiendo, en cambio, existir diversas civilizaciones en razón del cultivo del hombre, que implica en el tiempo y en el espacio infinidad de matices y variantes profundas.

Frente, pues, a esta doble imputación a que hemos aludido, y de acuerdo a la verdadera significación de los vocablos, ¿será posible que una crisis acerca de valores-medios afecte los fines últimos a los cuales sirve?

Es indiscutible que sólo pueden renovarse los procedimientos creados para servir mejor o más adecuadamente a un sistema de principios que permanece inmutable en razón de su naturaleza no contingente. Los que identifican cultura y civilización, sometiendo a ambas a la ley del cambio o a las mutaciones históricas, destruyen implícitamente el sujeto permanente de la historia que es el hombre en cuanto substancia metafísica. Por eso insistimos en discriminar estos dos vocablos, pues a la tarea de civilizar al hombre, debe preceder necesariamente su cultura, es decir, el cultivo o actualización de lo que en él es eterno. Por eso la cultura en cuanto contenido de fines es idéntica y perdurable, como idéntico y perdurable el objeto a que se aplica; la civilización, en cambio, es en su contenido contingente y variable, como son en el tiempo los intereses y necesidades que la estructuran.

Frente, pues, a esta aguda y profunda crisis de la cual la guerra actual es su etapa sangrienta, el espíritu se ve exigido a retornar a su punto de partida para reactualizar de nuevo sus potencias originarias: anhela una vez más, bajo la gravitación de cataclismos y quebrantos profundos, el recultivo de su propia substantividad, porque ésta es la única que, por razón de su naturaleza metafísica, está fuera del tiempo y del espacio, incontaminada, por

tanto, de las contingencias de toda civilización. Debemos retornar así a las fuentes de lo humano auténtico, al principio mismo de toda civilización. Esta fuente, bien sabemos, no es otra cosa que el alma, abstracto o esencia, razón o causa de toda civilización y cultura.

Para aquellos que niegan el principio de la sustantividad del hombre no pueden existir diferencias entre civilización y cultura, vale decir, entre medios y fines, dado que la historia es el hombre mismo, su propia substancia y más allá de este determinismo de hechos, su alma no es más que concreción de accidentes y su libertad una palabra o un símbolo.

En cambio, para nosotros, la distinción entre civilización y cultura importa primordialmente la distinción entre el ser humano y sus modos de ser, entre la substancia inmutable y sus accidentes históricos: para nosotros, la historia como proceso y cambio carecería de sentido si no permaneciera precisamente la causa o sujeto de dichos cambios. Por eso pretendemos demostrar que cultura significa cultivo del ser humano, mientras que civilización atañe al cuidado de sus modos de ser en el tiempo y en el espacio.

Evidente: todo efecto tiene su causa, no pudiendo tener un efecto una causa que sea de diferente naturaleza de lo que el efecto es. Lo humano, el hombre como ser, se manifiesta por un fenómeno típico que llamamos conciencia, conocimiento de sí mismo: se sigue, entonces, que cultura por antonomasia, es el cultivo de esta conciencia y por ende el cultivo de la substancia misma, su causa y su principio. Sin conciencia el hombre se convierte en pura individualidad, como es individualidad también un vegetal y un animal: el hombre, en cambio, que se sabe hombre, que se conoce a sí mismo como individualidad, es más que el vegetal y el animal, los cuales son incapaces de reflejar en sí mismos su propia substancia. Por eso el hombre como ente de conciencia presupone el sujeto que la produce y, como tal exige su cultivo específico. El conocimiento de sí mismo es, empero, imperfecto: contiene potencias que actualizar o sean los fines que implica la conciencia misma, en referencia al sujeto que la produce. La civilización deviene poste-

riormente luego de cultivadas las potencias intrínsecas del hombre. Toda tarea que implique el desarrollo o perfeccionamiento de potencias originarias, es fundamento o esquema invulnerable dentro del cual la civilización forma al ciudadano para la comunidad.

En consecuencia: mientras sólo existe una cultura auténtica, pueden coexistir en el mundo humano diversas civilizaciones, diferentes tipos de medios y procedimientos para actualizar al hombre como unidad social. Es equívoco, pues, aludir a diferentes especies de cultura, como no podríamos clasificar distintas especies humanas. Pero el que niega la substancialidad metafísica del alma, ordinariamente se aferra a este equívoco, porque no existiendo más que la conciencia como puro fenómeno sin la referencia al sujeto substancial, el cultivo de aquélla es obra de la sociedad, es decir de la civilización. De este modo cultura y civilización se identifican en la unidad del proceso histórico.

Nosotros, empero, concebimos el proceso histórico, que estructura las diversas civilizaciones, como la causa eficiente del cultivo intrínseco del hombre: aquéllas prestan a éste los valores-medios para hacer posible la actualización auténtica del espíritu. Por lo tanto, entre el hombre y el ciudadano media la acción subordinante de la forma a la materia, del ser sobre los modos de ser o existir.

La crisis de la civilización

No es, pues, la actual crisis, crisis de una determinada cultura sino de una civilización específica que ha perdido eficiencia ante la jerarquía del espíritu.

Las esencias y las substancias están fuera del tiempo y del espacio; por eso superviven y supervivirán a toda crisis. La conciencia humana progresa y se actualiza actualizando las potencias inherentes al alma, pero no transformándolas: la historia, en cambio, transforma sus procedimientos y sus fines-medios porque carece precisamente de substancia propia. En razón de ésto es que no puede haber crisis de la cultura y de su substancia, porque implicaría la destrucción misma del hombre.

No importa así que algunos usen indistintamente los términos, porque la realidad no la constituyen las palabras. No interesa la expresión como, por ejemplo, cuando se clasifican las culturas en griega, medioeval, renacentista, etc. Por tales expresiones hemos entendido siempre que aludíamos a distintos tipos de civilización, frente al proceso siempre ascendente y continuo de la cultura. La continuidad de la historia es por razón de la continuidad del espíritu, las civilizaciones se ligan y se conectan en el tiempo por razón del mismo espíritu o substancia que supervive a sus contingencias. Una civilización envejece, precisamente, porque el espíritu progresa en el perfeccionamiento de sus potencias, y no a su transformación, como hemos aludido. Exige así la transformación de los medios en consonancia con la jearrquía alcanzada respecto a su actualización.

Religión y cultura

Demostrado que tenemos cuál sea la diferencia específica entre cultura y civilización, corresponde ahora determinar en concreto aquello que es objeto propio de la cultura.

Del mismo modo que podemos hablar de distintas civilizaciones cristianas —como piensa Maritain— y no de diversas doctrinas cristianas, porque la doctrina es una en Cristo y por Cristo, podemos afirmar categóricamente que cultura en su quintaesencia comprende entre otros imperativos el cultivo de la fé religiosa, y civilización los medios que la afianzan. En efecto: si tenemos ya demostrado que cultura es el cultivo de los fines esenciales del hombre —lo que presupone desde luego la supervivencia de una substancia— se sigue que de todos los fines, actualizar esta supervivencia es el objetivo principal de toda cultura. El hombre, bien se ha dicho, contiene originariamente la vocación a la eternidad. Por tanto, propender a actualizar esta vocación es cultivar la fé en las excelencias y perfecciones del Ser al cual el hombre se siente llamado.

En consecuencia, es equívoco por todo concepto discriminar específicamente entre el ciudadano y el hombre religioso. Se dice

así: la fé religiosa liga al hombre con Dios; la cultura, en cambio, lo vincula con las cosas de este mundo en cuanto enseña a la mente a especular sobre ellas, a la voluntad a dominarlas y aprovecharlas, al sentimiento a enaltecerlas y embellecerlas. Cultivar la verdad por el entendimiento, el bien por la voluntad y la belleza por el sentimiento, he ahí, se dice, los objetivos de la cultura.

Pero la vocación humana a la eternidad a que aludíamos, es precisamente vocación de verdad absoluta, de plenitud en el bien y en la belleza, plenitud total del ser; luego las cosas de este mundo no constituyen por sí mismas el objeto de la cultura. Se incurre así en el mismo equívoco que señalábamos anteriormente: cuando se intenta separar religión y cultura, entendemos una vez más que la distinción se hace en realidad entre religión y civilización y no como se pretende entre religión y cultura, pues la historia nos demuestra que existen civilizaciones contrarias o indiferentes al cultivo de lo religioso. Sin embargo, no es concebible una cultura del hombre en sí sin el cultivo de la supervivencia.

En consecuencia: las civilizaciones que no aportan los medios para hacer posible la actualización de la fé religiosa destruyen la cultura misma y convierten al hombre en un simple engranaje de la máquina social. El origen y destino metafísicos quedan disueltos en la presuntuosa y vana promesa del que no puede redimir y salvar. Una civilización de esta especie es por antonomasia materialista y pagana, no redime ni salva porque no existe el hombre redimible sino sólo el ciudadano. La redención y salvación del hombre implica su libertad en la cultura y no su esclavitud en la civilización, porque la libertad es potencia del alma y no un bien originario de la civilización.

Libertad y cultura

De esta manera hemos llegado frente a otro de los objetivos esenciales de la cultura: la libertad humana.

Precisamente la actual crisis proviene, entre otras causas, de una determinada concepción de la libertad que la civilización moderna propuso al hombre como término del despotismo político al

que se encontraba sujeto; sin embargo, sólo encontró esclavitud en las oligarquías que engendró dicha civilización.

En efecto: la civilización que se derrumba predicó la libertad en acto, pero en realidad practicó la esclavitud económica, política, estimuló las luchas de clase, cuyo fruto fué la esclavitud de la mayoría al capitalismo, al maquinismo y a toda especie de monopolios. No obstante empezar por la libertad se terminó en la esclavitud. Esta contradicción en la práctica del ideario político se debió exclusivamente al sofisma de Juan Jacobo Rousseau, quien identificó casualmente cultura y civilización.

En otra oportunidad hemos distinguido la libertad como atributo o cualidad esencial del hombre de la libertad en acto o ejercicio. El hombre es libre en esencia y, desde este punto de vista, todos somos igualmente libres. Pero no siempre es libre en acto, pues para poder decidirse por sí es menester concebir y discernir convenientemente los fines y los medios que han de constituir el acto. El que no tiene experiencia decidirá indudablemente influenciado por la autoridad del más capaz, luego su acto dependerá del arbitrio del semejante y no de la propia decisión. El hombre salvaje es así libre en cuanto es persona humana, pero esta libertad sólo es potencial; pero el hombre culto es además libre en acto, porque por sí mismo puede decidir. La libertad, pues, no consiste solamente en saberse libre sino en poder obrar por sí sin el influjo o dominio de los demás. En acto, por tanto, es verdaderamente libre el que tiene cultivada esta potencia.

Rousseau, sin embargo, enseñó a las generaciones del futuro que todos somos libres en acto por el hecho de ser hombres; no se pensó, pues, que a la libertad como a toda potencia, había que actualizarla. De esta identificación entre la esencia o potencia de la libertad y las contingencias de su actualización, se derivó su propio descrédito: los resultados afirmaron que una supuesta libertad igualitaria en acto es más bien la potencia de la esclavitud.

He aquí por tanto, una vez más, el equívoco de aquellos que identifican cultura y civilización: la primera considera a la libertad sólo como medio para actualizar las potencias y virtudes intrínsecas del alma, la civilización, a partir desde Rousseau, trans-

formó la libertad en un fin y por una ficción metafísica la civilización del tipo jacobino se cimentó sobre esta magna idea fin. Pero como los hombres difieren en capacidad económica, esta capacidad esclavizó de hecho a la incapacidad de las mayorías. De esta manera se quebrantó el equilibrio y la justicia que deben regir las relaciones entre el capital y el trabajo.

La universidad humanista y la técnica

Señalados así los objetivos esenciales de la cultura, toca referirnos ahora al modo eficiente en que una civilización contribuye a hacer efectiva la formación cultural del espíritu.

La Universidad, por definición, es centro de cultura. Pero la Universidad responde igualmente a una función técnica, de conformidad a las exigencias e imposiciones de la civilización a la que sirve. Luego en la cátedra universitaria se entrecruzan la función rectora del espíritu con las exigencias técnicas de lugar y tiempo. Por su función cultural la cátedra debe ser la expresión auténtica del hombre. Como tal, enseña y defiende lo que es perdurable en el hombre, impartiendo así su doctrina de salvación. Por la enseñanza técnica de facultades contribuye al adiestramiento del ciudadano como elemento útil a la convivencia.

De esta manera una universidad que respondiera sólo a los apremios de la civilización, aniquilando o relegando a segundo término su función cultural, importaría la más grave de las claudicaciones: transformaría de este modo el templo del saber por un taller de amanuenses y profesionales. En consecuencia, el mismo equívoco que señalábamos respecto a la libertad, se incurre en cuanto se considera que la función cultural de las universidades es la formación puramente técnica y el otorgamiento de facultades profesionales a sus egresados. He aquí el error fundamental de nuestros centros de estudios que empezamos a palpar ya desde la enseñanza media.

En efecto: nuestras universidades no son humanistas sino esencialmente institutos técnicos. La universidad humanista se caracteriza por crear en el espíritu aptitudes, la técnica por impartir

simplemente contenidos o conocimientos útiles. Fácil es la conclusión: dichos contenidos o conocimientos para que sean de todo punto de vista eficientes, deben presuponer la aptitud o aptitudes para su conveniente asimilación. Pero la actitud siempre es una cualidad integral del espíritu. Con esto queremos significar que no puede generarse una aptitud determinada sin la formación simultánea de las otras, porque el hombre es una unidad, y como unidad asimila el mundo y la naturaleza en una coherencia de fines.

Nuestras universidades desgraciadamente han abandonado el sentido humanista con que nacieron en estas tierras promisorias, y en el futuro no han podido formar aptitudes ni despertar en el espíritu las altas preocupaciones por los problemas del hombre. Sólo han engendrado en el espíritu de las gentes conocimientos sin la forma intrínseca, han impartido una totalidad de conocimientos sin la unidad de esa totalidad. Han surgido así de aquellas generaciones buenos profesionales, eficientes en el pleito y en la consulta jurídica, grandes prácticos en la confección de un plano y en la construcción de la vivienda, seguros e idóneos en el diagnóstico del enfermo y verdaderos artistas en la cirugía. Pero el hombre se ha perdido a sí mismo, no conoce su origen espiritual ni su destino eterno: tiene bienestar material pero no felicidad en el alma. La Nación ha formado al ciudadano en los postulados de una civilización fecunda en medios técnicos que prometió el bienestar material pero que fué impotente para crear en el hombre la aptitud para la verdadera sabiduría: la ciencia en general se traduce en nosotros por contenidos o conocimientos que nos dan ya resueltos sus problemas; pero la sabiduría sobre las trascendencias de estas causas, no presenta resueltas sus cuestiones, sino que hallan verdadera solución mediante una aptitud específica creada en el espíritu. He ahí por ejemplo, una substancia química que conozco porque me la enseñaron en el gabinete; el problema, pues, se me dió resuelto; pero he ahí la muerte y el infinito que también aprendí por la experiencia y la reflexión, pero ni la muerte ni el infinito me fueron impartidos como problemas resueltos, sino que yo por la aptitud especial, que forja en mí la universidad humanista, debo resolverlos por mí mismo.

La Nación, pues, ha logrado buenos profesionales, pero no salvó el espíritu: esta salvación se logrará, empero, cuando el universitario integre sus conocimientos técnicos por la actualización de sus aptitudes originarias.

La cultura como fundamento de la soberanía nacional

La verdadera reforma de las universidades argentinas ha de ser así una conclusión de la reforma espiritual de la Nación. La Nación Argentina ha vivido como todas las de América alimentada por el equívoco de una cultura que no fué más que civilización, en el equívoco de una cultura que modeló al ciudadano, pero no al hombre. Nuestra cultura identificada a la civilización europea no pudo formar la auténtica nacionalidad porque ésta, lo mismo que en el individuo, tiene su punto de partida en el yo, en la propia conciencia: tal es la nacionalidad o la conciencia pública que se sabe libre y soberana por sí misma.

El cultivo sólo de los medios no es, el que da a la Nación verdadera soberanía, por la misma razón de que el músculo es en el hombre el poder pero no la autoridad, la soberanía se funda igualmente en la autoridad de una conciencia auténtica de argentinidad y no sólo en el poder que dan sus riquezas materiales.

De esta manera retomamos el punto de partida conque iniciamos estas reflexiones: la conciencia humana. Dijimos que ésta es expresión de un principio o substancia inmaterial que la produce: el alma. El cultivo de los fines esenciales de esta conciencia crea el proceso de la cultura; los medios y procedimientos adecuados para la consecución de dichos fines, se constituyen por una determinada civilización. Esta, por tanto, es hija de la cultura y por consiguiente está al servicio de la conciencia y de sus potencias.

Ahora bien: la Nación indudablemente no es un ente real como el individuo, pero es entitativamente la representación de un espíritu colectivo que reside en la propia conciencia del individuo por auto-determinación de sí misma.

La nacionalidad, en consecuencia, es la misma conciencia individual objetivada pero en relación a bienes comunes.

Cultivando sólo los medios técnicos materiales no se consigue la posesión de tales bienes ni es posible la convivencia, porque es menester antes el cultivo de la conciencia colectiva a fin de que el individuo se encuentre primero identificado con los fines esenciales de sus semejantes. De esta suerte la cultura de la persona — ente de fines — precede a la constitución de la personalidad política del Estado que no es un ente sino la representación de los medios al servicio del ente.

La conciencia nacional deviene, por tanto, del cultivo de la conciencia individual y mientras no cultivemos primero en las almas sus potencias originales, mediante la cultura, no germinará la conciencia nacional por ser ésta efecto de aquélla.

Sin embargo, es desde todo punto de vista halagüeño confesar que estamos en el punto de partida: una fuerte corriente espiritualista, que es síntoma de un proceso cultural en la Nación, ha de estructurar la nueva conciencia. El cultivo eficiente de esta corriente nos pondrá a su vez en el verdadero camino.

Este despertar es también el anuncio de que ha empezado la agonía de una civilización sin cultura, de una civilización que formó al hombre sólo para la ciudad temporal. La crisis, pues, no afecta al hombre sino al ciudadano.

En conclusión: toda crisis proviene de un fracaso: todo fracaso, como lo hemos probado al principio, no es causado por un desequilibrio en la cultura sino precisamente por la quiebra de una civilización sin cultura. No existiendo legítimamente más cultura que la de los fines esenciales del espíritu, una civilización que no proveyera de los medios eficientes para la actualización de aquéllos debe necesariamente fracasar.

En consecuencia: la actual crisis exige el retorno al espíritu. Pero este retorno algunas veces significa la inmolación de la propia víctima que es el hombre; frente a la hoguera humana de la que somos espectadores, morirán los cuerpos pero se salvará el espíritu; se extinguirá una técnica de valores-medios, pero renacerá purificado el espíritu para comandar de nuevo el mundo con su auténtica y suprema jerarquía.
